

### *Alla prima*

Abrió un ojo y supo que ya no podría volver a conciliar el sueño, así que no tardó en salir de la cama para buscar los cigarrillos. Se encendió uno, la miró y sintió el irrefrenable impulso de pintarla mientras yacía sobre las sábanas, iluminada por los primeros rayos del alba que entraban por la pequeña ventana de su inhóspito estudio. Hacía semanas que no lograba encontrar el momento; nada le interesaba ni le despertaba un ápice de inspiración. Decidió no perder tiempo en preparar café y retomó la botella de licor que no terminaron la noche anterior mientras situaba el caballete y localizaba las pinturas y pinceles, repartidos por el suelo del maltrecho habitáculo. El artista, inflamado, abrió la ventana de guillotina y los primeros sonidos de la avenida pasaron a formar parte de la estancia. Estaba listo para comenzar su pintura y lo haría sin un boceto previo: *alla prima*. Debía aprovechar aquel desacostumbrado vigor para modelar su figura a través de enérgicas y decididas pinceladas de color directamente sobre el lienzo.

Recorrió frenéticamente con la mirada su cuerpo desnudo; cada curva y cada pliegue de su tersa piel. Notó la inestabilidad en el pulso al revivir escenas de delirio furioso y desmedido de la noche anterior. La pantera de Java reposaba ahora mansa y exánime, pero seguía exhibiendo unos encantos que el pintor bebía sin refrenar y ansiaba trasladar al lienzo.

A los pocos segundos ya destacaba el brillo de los oscuros cabellos sobre la almohada. La rizada melena caía sobre los ojos y ocultaba parcialmente los párpados de Ofelia. El cuadro seguía brotando y los labios evocaban ráfagas de deseo y deliciosa humedad. Descendió por el cuello hasta encontrar un torso que mostraba restos desvaídos de arañazos y cardenales causados por la habitual vorágine de disputas y desenfreno. Sus trazos avanzaban e iban configurando la delicada y admirable figura. La exaltación emocional crecía conforme las caderas y los muslos se definían sobre el lienzo y sus sentidos quedaban suspendidos en un éxtasis de lujuria e inspiración creativa.

El pintor se detuvo un instante para buscar una pintura que faltaba. El clímax se vio interrumpido por la angustia y una colérica frustración al no dar con ella en ningún rincón del estudio. No podía desaprovechar aquel estado de gracia. Todo se echaría a

perder si tenía que esperar al lunes para comprar la pintura y trasladar al cuadro el rojo que teñía las sábanas.